



**AÑO DE LA VIDA
CONSAGRADA:
TESTIGAS/OS Y
PROFETAS DE LA
ALEGRÍA¹**



**P. Aquilino Bocos
Merino, CMF**

Misionero Claretiano. Especialista en Vida Religiosa. Durante su trayectoria de misión ha ejercido tareas de formación y gobierno, como superior provincial, consultor general y superior general de su Congregación. Ha sido Director de la Revista Vida Religiosa y actualmente, desde el año 2008 forma parte del Consejo de Dirección de la misma.



1. La profecía de la alegría

En nuestro mundo experimentamos el vacío, el desconcierto, la aflicción, la desdicha y la infelicidad. Por eso, buscamos con ansia la felicidad y somos tan dados a hablar de la felicidad y del estar bien. Científicos, psicólogos, humanistas se afanan por descubrir, fundamentar y medir la felicidad. Algunos toman “píldoras de felicidad”. Otros ensueñan la vida, alimentan ilusiones, imitan a quienes creen ser felices por el éxito, el dinero, el placer. Hay que aplaudir cualquier intento y esfuerzo para que las personas sean felices. “Dios quiere hacernos partícipes de su alegría, divina y eterna, haciendo que descubramos que el valor y el sentido profundo de nuestra vida está en el ser aceptados, acogidos y amados por Él, y no con una acogida frágil como puede ser la humana, sino con una acogida incondicional como lo es la divina: yo soy amado, tengo un puesto en el mundo y en la historia, soy amado personalmente por Dios. Y si Dios me acepta, me ama y

estoy seguro de ello, entonces sabré con claridad y certeza que es bueno que yo sea, que exista”².

A nosotras/os, religiosas/os, nos quiere para ayudarle en la cura de esa ansiedad, esa angustia, esa amargura y esa frustración que experimentan nuestras/os hermanas/os³. A veces, también nosotras/os mismas/os las padecemos, y nos convierten en “sanadores heridos”. Nos hace testigos del sentido y profetas de la consolación. Pero nadie se constituye en testigo y profeta por iniciativa propia. Sólo quien ha sido llamado, se ha dejado seducir y ha prendido en él la pasión que Dios tiene por el hombre. Las/os testigas/os y profetas de la alegría son personas contagiadas de lo divino. Por eso, con su experiencia, remiten al Dios vivo y recuerdan lo que Dios quiere de nosotras/os y de la creación entera.

1.1 Testigas/os y profetas

Las/os consagradas/os son llamadas/os a reconocer con admiración la sublime belleza de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, y a testimoniar con alegría su amo-

rosa condescendencia hacia cada ser humano (cf. VC 16). Su misión profética se inserta en la misión de Jesús, el ungido y enviado del Padre para anunciar la buena nueva a los pobres (cf. Lc 4, 18). Las religiosas reviven y prolongan, si bien no de una forma exclusiva, el carácter testimoniante y martirial de Jesús en la Iglesia y en el mundo. El Concilio resaltó la dimensión testimonial y profética de la Vida Consagrada presentándola como signo, manifestación, testimonio, prefiguración, imitación, representación, proclamación del poder de Cristo resucitado y de los valores del Reino (cf. LG 44; PC 1). Nuestra vida está llamada a ser continua “*evangelica testificatio*”. El testimonio ha de ser visible e inteligible y estar cargado de intencionalidad profética. Del testigo se espera credibilidad y fiabilidad por su coherencia en la vida profesada.

Del testigo se espera credibilidad y fiabilidad por su coherencia en la vida profesada.

“*La verdadera profecía nace de Dios, de la amistad con Él, de la escucha atenta de su Palabra en las diversas circunstancias de la historia. (...) El testimonio profético exige la búsqueda apasionada y constante de la voluntad de*

Dios, la generosa e imprescindible comunión eclesial, el ejercicio del discernimiento espiritual y el amor por la verdad. También se manifiesta en la denuncia de todo aquello que contradice la voluntad de Dios y en el escudriñar nuevos caminos de actuación del evangelio para la construcción del Reino de Dios” (VC 84). La profecía sabe de pasión divina y de humanidad que trata de reflejar en alternativas de comportamiento. Aquí queremos subrayar el testimonio de una vida alegre que se hace profecía en el seguimiento de Jesús, el profeta por excelencia. Nos llevan a hacer la oración desde la condición de hijo agradecido, confiado, preocupado por las cosas del Padre en este mundo convulsionado y “enredado”⁴. Quien vive desde la alegría se siente sereno, libre, piensa en positivo, está cerca de los pobres, encaja las adversidades, integra sus contradicciones, ama sin condiciones, alaba, canta y bendice sin cesar.

De hecho, la alegría experimentada no nos pone al resguar-

do ni nos acomoda; por el contrario, nos pide que seamos más radicales en los planteamientos y en los compromisos. Está en juego la gloria de Dios y la dignidad de sus hijos, los hombres. El profeta de la alegría anuncia siempre mensajes de salvación, ejercita la compasión, suscita la esperanza, se involucra en cuanto promueve la paz, la justicia, la solidaridad, la fraternidad. El profeta de la alegría, lejos de huir de los avatares de la vida, los enfrenta y encaja con sentido. No

tiene fronteras, no excluye por género, ni por clase social, ni por color o lengua, no descarta lo aparentemente inútil. Por eso, nuestra vida y nuestra palabra quieren ser anuncio y com-

promiso de concordia y comunión en los conflictos, estableciendo puentes, integrando diferencias, sanando heridas. Tendremos que reforzar el testimonio de comunión en la diversidad para mostrar que es posible superar el miedo a las diferencias. Nuestra vida alegre desmonta la hipocresía, las ambiciones, los escándalos de corrupción, los afanes de apariencia

Quien vive desde la alegría se siente sereno, libre, piensa en positivo, está cerca de los pobres...

y tantas otras huellas que deja el pecado.

1.2. Quiénes han descubierto el tesoro

A los religiosos se nos ha dado conocer esta parábola: *“El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo; el que lo encuentra, lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo”* (Mt 13, 44). Llenos de alegría lo vendemos todo, pero no quedamos vacíos. Vender todo lo que se tiene sólo lo hace quien ha entendido un futuro mejor. En nuestro caso, quien ha descubierto el proyecto de Dios, su Reino. Quien ha descubierto el Reino de Dios queda estremecido, cautivado y apasionado. Su alegría no tiene medida porque ha encontrado aquello que todos los hombres están deseando alcanzar y que colma de satisfacción su vida.

Es alegre quien ha encontrado para quién vivir. En nuestro caso: Jesús de Nazaret. Desde este gozoso encuentro se entiende el despojo de todo (la pobreza), la

plena sumisión (la obediencia), la entrega plena del corazón (la castidad), la vida fraterna en comunidad y la dedicación de por vida a los demás, incluso en posiciones de vanguardia y en situaciones límite. Así es como la vida del consagrado se hace profecía en acción.

Una profecía dinámica, labrada en fidelidad y fecundidad. La alegría, que es un don es, a la vez, proyecto. La autenticidad del mismo lo va sellando la fidelidad a la nueva alianza, impresa en nuestro corazón, que se hace fecunda en la atracción y el contagio. Conocemos el dicho de San Agustín: “Vamos hacia Dios, no caminando sino amando”. Cuando se tiene claro el destino y el fin, comienza el itinerario de la auto-realización y de la armonía en las relaciones. Tan importante para la felicidad. Autonomía, libertad y felicidad van profundamente unidas. Lo experimentamos en el transcurso de cada día, pues hemos de afrontar los conflictos internos y externos.

“Llevamos este tesoro en vasijas de barro para que se vea que

**Es alegre quien
ha encontrado
para quién vivir.
En nuestro caso:
Jesús de Nazaret.**

una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros” (1 Cor 4, 7), pero la sobreabundancia de la gracia que hemos recibido, nos lanza a empresas que sobrepasan nuestras fuerzas humanas, como lo han hecho las/os Fundadoras/es y tantas hermanas y hermanos nuestros.

El tesoro descubierto no es para nosotras/os. La alegría del encuentro es para contarla, difundirla, contagiarla. Tienen razón Paul Claudel cuando dice: “Haz comprender a los hombres que no tienen en el mundo otro deber que la alegría” y la Beata M. Teresa de Calcuta: “La alegría es una red de amor con la que se puede atrapar a muchas almas”.

1.3. Están entre nosotras/os

Testigas/os y profetas de la alegría son las religiosas y religiosos contemplativos en su misión de oración y alabanza. “Orando en el monte, testimonian el señorío de Dios sobre la historia y anticipan la gloria futura” (VC 8). Son misioneras y misioneros que no abandonan la comunidad cristiana per-

seguida en tantos países de África y el Medio Oriente; las/os que se hallan a lado de los enfermos de ébola y son capaces de compartir su suerte antes de ponerse a salvo; las/os que exponen su vida en ríos y caminos para estar cerca de sus comunidades lejanas; las religiosas y religiosos que se pasan las noches al lado de los enfermos y les alientan en los últimos momentos de su vida; las/os que no se separan de los que sufren disminución o trastornos psíquicos; las/os que estrenan una mirada llena de ternura cada mañana al iniciar las clases; las/os que aceptan la confrontación con paz y comprensión en múltiples ámbitos donde se hallan: universidades,

obras sociales, barrios marginados u otros campos de frontera. Son muchos, más de las/os que frecuentemente nos imaginamos, las/os que en su soledad y en su trabajo monótono y oculto muestran su alegría. Pero no podemos olvidarnos de cuantos trabajan en la pastoral vocacional y en la formación pues, en medio de las dificultades que experimentan, son testigos y profetas de la alegría.

La alegría del
encuentro es para
contarla, difundirla,
contagiarla.

2. Itinerario espiritual y misionero para este año

Para vivir la alegría, ejercitarse en la alegría. Este podría ser el slogan para este Año de la Vida Consagrada. Tenemos que convertirnos a la alegría de Dios que es auténtica pasión por el hombre.

2.1 Tiempo de purificación y de elevación

Este año es una oportunidad para la *purificación* y la *elevación*. Para la conversión a lo esencial: a la persona de Jesús y a su Iglesia que tiene una preciosa misión: contagiar la alegría del evangelio. El Concilio nos ofreció una visión coherente del misterio de la salvación y nos abrió un horizonte muy amplio para llevarlo a cabo. Estamos en camino de renovación. Hay que remover obstáculos que impiden la alegría. Hay que remover la piedra de nuestros sepulcros. Hay que elevar la mente y el corazón hacia los bienes superiores. “Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba...” (Col 3, 1-2).

Tenemos que convertirnos a la alegría de Dios que es auténtica pasión por el hombre.

1) *Conversión y dejarse reconciliar*. No somos distintos a las/os demás mujeres y hombres de nuestro mundo. La Iglesia y la Vida Religiosa necesitan conversión y experimentar la misericordia de Dios. A lo largo de este año la actitud de conversión sincera al amor de Dios y los actos penitenciales tienen que ser ante el pueblo de Dios expresión de dolor y esperanza de quien busca la alegría. El salmo 50 nos pone en pista, tras pedir *misericordia y compasión* añade: “Hazme oír el gozo y la alegría, que se alegren los huesos quebrantados”. (...) “Devuélveme la alegría de tu salvación, afiánzame con espíritu generoso”.

Desde el Concilio, sobre todo en el año del gran jubileo, del 2000, la Iglesia pidió perdón, reconoció sus pecados. En este Año de la Vida Consagrada también nosotras/os hemos de confesar nuestros pecados e infidelidades personales e institucionales. Hemos de purificarnos de pecados que revisten muchas modalidades. Con frecuencia señalamos de forma inmediata el incumplimiento de los votos y el

empobrecimiento de la vida comunitaria, pero no son los mayores pecados. Hay otros que nos afectan más profundamente, sin determinar un orden preciso, señalo: 1) Nuestra insensibilidad y enfriamiento religioso que ha entorpecido el *cantus firmus* de la fe; 2) Haber cerrado los ojos ante las nuevas pobrezas y exclusiones por injusticia; 3) No habernos abierto a la comunión misionera, que nos exigía discernimiento, diálogo, participación y corresponsabilidad con las iglesias particulares más necesitadas; 4) Nuestro activismo marcado por el voluntarismo, que ha puesto entre paréntesis la *gratuidad* en la que se asienta nuestra vocación, ha provocado fatiga e indiferencia y, a la larga, nos ha llevado a la *mediocridad* de vida; 5) La carencia de mística y entusiasmo en la pastoral vocacional, que es asunto de todas/os; 6) La falta de reacción frente al nivelacionismo vocacional; 7) La confusión en torno a la renovación (muchas/os lo equipararon a meros cambios externos); 8) La evasión ante el complejo mundo de desafíos y responsabilidades; 9) La inhibición ante nuestra con-

dición profética y escatológica, frente al radicalismo evangélico; 10) No siempre hemos exigido lo que se debía en formación y gobierno, ha sido pobre el liderazgo por falta de visión y estímulo.

Debemos liberarnos del individualismo y del egocentrismo. Son la raíz de tantas tentaciones que nos llevan al orgullo, a la vanidad, a querer brillar y prosperar. Jesús nos dice que oremos para no caer en tentación. El egoísmo hace inviable la relación, la traumatiza y la paraliza. Es imprescindible que promovamos en nuestras comunidades la transparencia y la corresponsabilidad.

En la Palabra está la fuente de la alegría. Porque la Palabra de Dios, ante todo, es una persona.

2) *Escuchar la Palabra*. En la Palabra está la fuente de la alegría. Porque la Palabra de Dios, ante todo, es una persona. Es Jesucristo, la gran promesa de Dios y su gran respuesta a las esperanzas de los hombres. “Cristo Jesús no fue sí y no; en Él no hubo más que *sí*. Pues todas las promesas hechas por Dios han tenido un sí en Él; y, por eso, decimos ‘Amén’ por Él, a la gloria de Dios” (2 Cor 1, 19-20). La Vida Consagrada “nace de la escucha

de la Palabra de Dios y acoge el evangelio como su norma de vida. En este sentido, vivir siguiendo a Cristo casto, pobre y obediente, se convierte ‘en exégesis viva de la Palabra de Dios’⁵. El n. 83 de la exhortación “*Verbum Domini*” contiene un reiterado reconocimiento de la vida contemplativa por dedicar mucho tiempo de la jornada a imitar a la Madre de Dios, que meditaba asiduamente las palabras y los hechos de su Hijo (cf. Lc 2, 19. 51). Como también María de Betania que, a los pies del Señor, escuchaba sus palabras (cf. Lc 10,38).

Ya el Concilio y otros documentos de la Iglesia habían recordado: “El Santo Sí-nodo recomienda insistentemente a todos los fieles, *especialmente a las/os religiosas/os*, la lectura asidua de la Escritura, para que adquieran *ciencia suprema de Jesucristo* (Flp 3, 8), pues ‘desconocer la Escritura es desconocer a Cristo’ (San Jerónimo)” (DV 25)... “Tengan, ante todo, diariamente en las manos la Sagrada Escritura, a fin de adquirir, por la lección y meditación de los sagrados Li-

bros, ‘el sublime conocimiento de Jesucristo’ -Flp 3, 8- (PC 6)...⁶

En el relato lucano de los discípulos de Emaús encontramos unos cuantos rasgos que nos ayudan a revivir el encuentro con Cristo Resucitado y a recuperar la alegría. Hoy estamos expuestos al desencanto, a la decepción, al “nosotras/os creíamos”, y caminamos con tristeza y desaliento, sin esperanza, y sin vínculos comunitarios. Pero Jesús nos acompaña y camina junto a nosotras/os. Nos pregunta de qué discutimos. Al escuchar su palabra comienza a arder nuestro corazón. Sólo en la fracción del pan le reconoceremos y sentiremos el ímpetu de comunicar con

...vivir siguiendo
a Cristo casto,
pobre y obediente,
se convierte ‘en
exégesis viva de la
Palabra de Dios’.

gozo que es verdad: ¡Jesús está vivo! Y nos reintegraremos a la comunidad. Se recupera la pertenencia a la comunidad.

Una buena propuesta para el Año de la Vida Consagrada es la práctica de la lectura creyente de la Palabra de Dios (*lectio divina*) en todos sus pasos. El diálogo que establecemos con Jesús nos ilumina en la comprensión del

mundo, de nuestra vida, y pone en ascuas nuestro corazón. Aviva la caridad y la esperanza.

3) *Renovar la alianza*. Es otra forma de vivir y practicar la memoria agradecida y elevar la calidad de nuestra Vida Consagrada. Vivimos en alianza. Dios nos buscó primero y quiere que le busquemos a Él. Nos amó primero y nosotras/os respondemos. La alianza es un encuentro en el que el protagonista es el Señor. La iniciativa fue suya. En la alianza quedan selladas las relaciones recíprocas entre Dios y nosotras/os. No es un pacto jurídico, sino de amor. Jesús la garantiza entregando su cuerpo y su sangre y pide que lo hagamos en memoria suya.

Podemos ser, y de hecho lo somos, infieles a esta alianza, pero Dios no la quebranta, pues su fidelidad dura por siempre. Reafirmar nuestra alianza es renovar nuestro deseo de seguir teniéndole a Dios como absoluto de nuestra vida y es afirmar que sólo Jesús tiene palabras de vida eterna. Es afirmar el “fiat” de María, aún en

los momentos difíciles, como fue el suyo: incomprensible a los ojos humanos.

Cuando profesamos y nos comprometemos ante la Iglesia y el Instituto vivir en pobreza, castidad y obediencia en comunidad, según las Reglas o Constituciones proclamamos desde la fe y la esperanza que Dios nos ama y nos quiere según este proyecto de vida. En la profesión está la mediación maternal o paternal de los Fundadores con todas sus intuiciones e indicaciones en el seguimiento de Jesús. La fórmula de la profesión es la fórmula de la alianza, que ha brotado de otras muchas alianzas humanas, espirituales, eclesiales, y, a la vez empapan otras nuevas alianzas de fraternidad, formativas, pastorales, amistosas. Pero en el conjunto de toda esta compleja vida en relación, tiene un punto de referencia esencial. Es el quicio de nuestra vida: la conjunción de amor entre Dios y nosotras/os. La alianza que profesamos es el criterio articulador de las otras alianzas. El anillo sponsal, que llevan muchas reli-

Reafirmar nuestra alianza es renovar nuestro deseo de seguir teniéndole a Dios como absoluto de nuestra vida...

gias y religiosos, no es un adorno, sino un recuerdo permanente para saber con quién se han comprometido.

Una señal de que elevamos el tono de nuestra vida es la fidelidad al Evangelio y a la propuesta que nos hicieron los Fundadores. La fidelidad a los votos es signo de caridad creciente⁷. Pero hoy, a casi cincuenta años, podemos decir con Pablo VI que la fidelidad no parece ser virtud de nuestro tiempo. Sí, estamos en una “sociedad líquida” donde impera el “amor líquido” y los vínculos humanos son frágiles⁸. No hace falta más que mirar a nuestro alrededor y comprobamos el alto número de separaciones matrimoniales y el abandono de la vocación religiosa y sacerdotal. Hay que recrear la fidelidad vocacional por el amor, tal como nos propone Benedicto XVI: “El amor engloba la existencia entera y en todas sus dimensiones, incluido también el tiempo. No podría ser de otra manera, puesto que su promesa apunta a lo definitivo: el amor tiende a la eternidad. Ciertamente, el amor es «éxtasis», pero no en el sentido de arrebató momentáneo, sino como camino

La fidelidad a los votos es signo de caridad creciente.

permanente, como un salir del yo cerrado en sí mismo hacia su liberación en la entrega de sí y, precisamente de este modo, hacia el reencuentro consigo mismo, más aún, hacia el descubrimiento de Dios: «El que pretenda guardarse su vida, la perderá; y el que la pierda, la recobrará» (Lc 17, 33), dice Jesús en una sentencia suya que, con algunas variantes, se repite en los evangelios (cf. Mt 10, 39; 16, 25; Mc 8, 35; Lc 9, 24; Jn 12, 25). Con estas palabras, Jesús describe su propio itinerario, que a través de la cruz lo lleva a la resurrección: el camino del grano de trigo que cae en tierra y muere, dando así fruto abundante”⁹.

Porque nuestra alianza no está basada en criterios de racionalización o de orden funcional, sino de profunda comunión en la vida teologal, es preciso cuidarla. En la vida ordinaria tenemos un momento muy especial donde nos reconciamos con Dios y con los hermanos, escuchamos la Palabra de Dios y celebramos el memorial de la alianza de la entrega de Jesús: la eucaristía.

No se profesa en un día determinado y ya todo discurre como

algo normal. Profesamos cada día con nuestra fidelidad al amor que Dios nos tiene y que el seguimiento radical de Jesús exige. Si viviéramos este año renovando continuamente nuestra profesión encontraríamos la luz, la paz y la alegría en todo momento, incluso en las adversidades, y así ejerceríamos de testigos transmisores. Sin olvidar la dimensión comunitaria. Cuando un miembro de la comunidad, del Instituto, profesa, profesa toda la comunidad congregacional. Hay una fidelidad corporativa que es la respuesta a lo que tenemos asumido.

4) Cualificar las relaciones. En armonía y comunión. Tras la modernidad, la subjetividad, la experiencia personal ha cobrado especial relieve en el pensamiento contemporáneo. Estamos en la cultura de la relación con el otro, de la reciprocidad, del diálogo, del encuentro, de la inclusión, de la interdependencia, de la interconexión. Están de nuestra parte la antropología, la psicología, la sociología. La teología trinitaria intenta comprender al hombre como imagen del Dios Trinidad y, por lo tanto, participando del

movimiento de las relaciones personales, de la fecundidad de su comunión y del dinamismo de la misión.

Esta cultura de la relación favorece la salida de nuestro pequeño mundo interior y lleva a reconocer los valores de mujeres y hombres; y a saber compartir y a organizarnos de otra manera. La relación es múltiple y en todas direcciones. En este tiempo de multiculturalidad se requiere cambiar el esquema de pensamiento racional, lineal, causativo, por otro complejo, inclusivo, integrativo, holístico. Juegan un papel de gran influencia la imagen y los sentimientos.

Dentro de esta cultura de la relación se destaca hoy el valor del encuentro personal en tanto que es presencia de comunión creativa. Encontrarse es algo más que hallarse en vecindad, yuxtaponerse, chocar, dominarse y manejarse. Encontrarse implica entreverar el propio ámbito de vida con el de otra realidad que reacciona activamente ante mi presencia. Encontrarse es hallarse presente, en el sentido creativo de intercambiar posibilidades

Hay una fidelidad corporativa que es la respuesta a lo que tenemos asumido.

de un orden y otro. “El verdadero ideal del ser humano es crear formas valiosas de unidad. Por eso puede afirmarse con razón que no hay nada que más una como hacer el bien en común”¹⁰.

La alegría de seguir convocados en el mismo Espíritu pide ahora que revisemos y recompongamos nuestras relaciones con Dios, con todas/os nuestras/os hermanas/os y con la creación entera. El Concilio intentó entretrejer con armonía estas relaciones y la tarea sigue abierta. Sin santidad, sin fraternidad y sin respeto y alabanza por todo lo creado ralentizamos la reconciliación iniciada por Jesús, “el hombre que amaba como Dios”.

Es bello este texto del Papa Francisco: “¡Qué gran don ser Iglesia, formar parte del pueblo de Dios! Todos somos el Pueblo de Dios. En la armonía, en la comunión de la diversidad, que es obra del Espíritu Santo, porque el Espíritu Santo es la armonía y construye la armonía: es un don de Él, y debemos estar abiertos para recibirlo. El obispo es custodio de esta armonía. El obispo

es custodio de este don de la armonía en la diversidad”¹⁰. Este año es una oportunidad propicia para cualificar las relaciones entre carismas y ministerios y entre los diversos estados de vida. No sólo deben preocuparnos las relaciones entre Obispos y Religiosos, sino todas las relaciones en el Pueblo de Dios. Los laicos nos han hecho mucho bien pidiendo que tengamos en cuenta su vocación y misión. Nos han ayudado a intensificar la comunión que siempre es comunión misionera.

“El verdadero ideal del ser humano es crear formas valiosas de unidad.

Están siendo superadas muchas relaciones de superioridad-inferioridad (clérigos/religiosos/laicos), de si han de ser hombres o mujeres, de si han de ser de esta cultura o la otra. Avanza por doquier la circularidad basada en la fraternidad y en el servicio. Hoy la identidad vocacional es abierta y correlativa.

El tema de las relaciones va a ser fundamental para el futuro de la Vida Religiosa. Sin auténticas relaciones interpersonales ¿en qué queda nuestra vida eclesial y nuestra convivencia fraterna? ¿Cómo se va a poder vivir en armonía en la Iglesia? Así se

expresa el Papa Francisco: “me duele tanto comprobar cómo en algunas comunidades cristianas, y aun entre personas consagradas, consentimos diversas formas de odio, divisiones, calumnias, difamaciones, venganzas, celos, deseos de imponer las propias ideas a costa de cualquier cosa, y hasta persecuciones que parecen una implacable caza de brujas. ¿A quién vamos a evangelizar con esos comportamientos?” (EG 100). Y ¿cómo vamos a responder a los grandes retos de la diversidad cultural, racial, religiosa? Y ¿cómo vamos a hacer crecer el diálogo intergeneracional? Sin buenas relaciones no hay comunicación ni comunión. El diálogo queda bloqueado en todo nivel y ámbito en que nos pongamos con graves consecuencias para nuestra misión.

La mejor forma de superar el egocentrismo y el individualismo es ofrecer con generosidad, disponibilidad, sencillez y paciencia posibilidades de encuentro, crear *campos de juego en común*, que nosotras/os las/os religiosas/os, afortunadamente los tenemos abundantes en nuestros capítulos,

asambleas, reuniones comunitarias, convivencia, diálogos personales.

5) *Redimir nuestro espacio y nuestro tiempo*. Nos movemos entre *la mundialización y la defensa de lo particular*. La postmodernidad privilegia lo subjetivo, el fragmento, el pluralismo y lo particular. La globalización, pese a sus aspectos positivos, provoca fuertes desajustes, profundas contradicciones y abismales desequilibrios. Uno de sus efectos más fuertes es el *inmediatismo*. A través de la tecnología de la comunicación se han suprimido, prácticamente, los tiempos y los espacios. Nos los han robado y son esenciales para el crecimiento. Revisemos nuestros “territorios sagrados”, que a veces no lo son tanto, como también “nuestros vacíos”. Todo lo queremos aquí y ahora, sin mediaciones. Hemos de llegar a saber ocupar nuestro puesto en medio de los múltiples espacios y de los no-espacios; saber estar delante de Dios y de los hombres; saber emplear el tiempo y distinguir lo importante de lo urgente; saber utilizar convenientemente

¿Cómo vamos a responder a los grandes retos de la diversidad cultural, racial, religiosa?

la tecnología moderna y los medios de comunicación sin que nos tiranicen ni esclavicen.

Desde otro punto de vista, es iluminador el criterio que da el Papa Francisco sobre la superioridad del tiempo sobre el espacio: “Este principio permite trabajar a largo plazo, sin obsesionarse por resultados inmediatos. Ayuda a soportar con paciencia situaciones difíciles y adversas, o los cambios de planes que impone el dinamismo de la realidad. Es una invitación a asumir la tensión entre plenitud y límite, otorgando prioridad al tiempo. Uno de los pecados que a veces se advierten en la actividad socio-política consiste en privilegiar los espacios de poder en lugar de los tiempos de los procesos. Darle prioridad al espacio lleva a enloquecerse para tener todo resuelto en el presente, para intentar tomar posesión de todos los espacios de poder y auto-afirmación. Es cristalizar los procesos y pretender detenerlos. Darle prioridad al tiempo es ocuparse de *iniciar procesos más que de poseer*” (Ib. 223).

Intensificar la espiritualidad, subrayando la dimensión contemplativa.

6) *Intensificar la espiritualidad, subrayando la dimensión contemplativa.* En el *Perfectae Caritatis* hay un aviso de caminantes en la renovación de los Institutos: “Habrá que tener muy en cuenta que aun las mejores adaptaciones a las necesidades de nuestros tiempos no surtirían efecto alguno si no estuvieran animadas por una renovación espiritual, a la que, incluso al promover las obras externas, se ha de dar siempre el primer lugar” (PC 2, e). Esta indicación ha sido reiterada en múltiples ocasiones por el Magisterio de la Iglesia y, en particular, en los documentos de la CIVCSVA¹². Hoy podemos decir con satisfacción que la espiritualidad en el plano de la conciencia colectiva -documentos internos de los institutos- ha pasado a primer plano.

La *espiritualidad* hoy está presentada desde la integración de lo espiritual y lo corporal, lo femenino y lo masculino, lo personal y lo comunitario, lo natural y lo cultural, lo temporal y lo escatológico, lo inter-carismático e inter-generacional. Es presentada

como más complexiva, más integradora, más globalizadora y nos acompaña en todo lo que vivimos y hacemos¹³.

Toda forma de Vida Consagrada ha de ser contemplativa. No se trata de que nosotras/os contemplemos a Cristo, sino de que nos dejemos mirar amorosamente por Él. Es una mirada única, llena de ternura y misericordia. Nuestro mundo vive distraído, necesita sensaciones fuertes, hace mucho ruido, alardea de las múltiples conexiones en las que se encuentra, pero ha perdido el valor del silencio, del diálogo en profundidad ante Dios, del origen y destino de su vida. Ora poco y no se deja amar por Dios, a quien rehúye. Por eso, ha perdido la alegría. Este mundo nuestro necesita que se le recuerden las palabras del Ángel a María: “Has hallado gracia delante de Dios” (Lc 1, 30)¹⁴. Le hemos de devolver al hombre el gusto por el misterio de Dios, por la oración. Es difícil poner al hombre actual de rodillas. Pero, tal vez, si nos ven a nosotras/os en esta postura, contemplando enamorados al Se-

ñor que nos ama; si nos ven orar con paz y confianza, si nos ven gastar nuestro tiempo con Jesús, al menos les ofreceremos la otra dimensión de esta vida agitada e inmedatista.

“La dimensión contemplativa es el verdadero secreto de la renovación de toda Vida Religiosa: renueva vitalmente el seguimiento de Cristo, porque conduce a un conocimiento experimental de Él, conocimiento necesario para poder darle auténtico testimonio, testimonio de quien le ha oído, le ha visto con los propios ojos, le ha contemplado, le ha tocado con las propias manos (Cf 1 Jn 1,1; Flp 3,8)”¹⁵.

*La dimensión
contemplativa es el
verdadero secreto
de la renovación de
toda VR...*

El Espíritu Santo llena toda la tierra. A veces ofrece caminos de interiorización, pacificación interior, auto-ayuda para el bienestar desde otras experiencias religiosas no cristianas o desde las técnicas de la psicología. Tienen su valor. Aquí subrayamos la espiritualidad cristiana cuyo centro es la persona de Jesucristo y es el Espíritu el que nos lo da a conocer y ayuda a amar hasta lograr la transformación.

2.2 Involucrarse en la nueva evangelización

La imperiosa llamada a la nueva evangelización nos implica a todas/os las/os creyentes. Todas/os somos enviados. Nuestra Vida Consagrada es misión y todo lo demás se orienta hacia la comunión, el testimonio, el servicio y la celebración¹⁶. El Papa Francisco nos ha hablado de evangelizar *desde y con alegría*. Es la hora de iluminar y transformar, de salir y transmitir la alegría de creer. El n. 24 de su exhortación “Evangelii Gaudium” nos da las pautas para vivir y practicar la memoria agradecida que se nos propone como objetivo para este Año de la Vida Consagrada. Señala cinco características de una *Iglesia en salida* de la que somos discípulas/os y misioneras/os: *Primerear, involucrarse, acompañar, fructificar y festejar*. Secundando estas actitudes iniciamos aquella “conversión pastoral” que pidieron Aparecida y el Sínodo y recuerda el mismo Papa Francisco: “Espero que todas las comunidades procuren poner los medios necesarios para avanzar en el camino de una conversión

pastoral y misionera, que no puede dejar las cosas como están. Ya no nos sirve una «simple administración». Constituyámonos en todas las regiones de la tierra en un «estado permanente de misión»¹⁷. Todo ha de estar al servicio del Reino.

Antes de comentarlas, es bueno recordar que estamos pensando en la celebración del Año de la Vida Consagrada y que vivir estas recomendaciones es una manera práctica de hacer operativa la memoria agradecida que se nos pide. En el fondo, es decirnos: ¡Sed vosotros mismos. Actuad desde lo que sois. Dad los frutos que se esperan de vosotros!

¡Sed vosotros
mismos. Actuad
desde lo que sois.
Dad los frutos
que se esperan de
vosotros!

1) “*Atrevámonos a primerear*”. El Papa explica el neologismo: “La comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, la ha primereado en el amor (cf. 1 Jn 4,10); y, por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a las/os lejanas/os y llegar a los cruces de los caminos para invitar a las/os excluidas/os. Vive un deseo inagotable de brindar misericordia, fruto de haber ex-

perimentado la infinita misericordia del Padre y su fuerza difusiva ¡Atrevámonos un poco más a primerear! Se trata de salir de nosotras/os mismas/os, de vivir en misión. El Señor nos ha dado el don de la alegría. Es obligado salir y comunicar que Dios nos ama y no se cansa de perdonar. Nos dice San Agustín: “poseer un bien sin compartirlo no es alegría”.¹⁸

La Vida Religiosa, subrayando el primado de la donación, de la gratuidad en la que nos hallamos inmersos, es una gran terapia para la Iglesia y para la humanidad. Estamos demasiado intoxicados con el *poter hacer* y, así, todo se cuenta, se mide, se pesa. Se valora el rendimiento, la eficacia, el prestigio, la apariencia.

“No tengáis miedo”. La alegría se abre paso evitando el miedo. Antes de llegar el mensaje salvífico, antes de escuchar que Jesús ha resucitado, se pide no tener miedo. Antes de salir al mundo a gritar la buena noticia nosotras/os hemos de erradicar el miedo en nuestros corazones. Tenemos mucho miedo y lo manifestamos en la resistencia, en la acedia, en la inhibición, en

la falta de coraje para comprometernos en el anuncio y el servicio del Reino. Nadie puede ser excluido de vivir la alegría que nos trajo Jesús y otorga el Espíritu. Con todos hemos de compartir el gozo de la vida, que es comunión.

2) *Involucrarse*. Si la alegría es fruto del amor que el Padre nos tiene en su hijo Jesucristo, pensemos que hemos de seguir su mismo camino. San Gregorio Magno comenta: “Como el Padre me conoce a mí, yo conozco al Padre y doy mi vida por mis ovejas, lo que equivale a decir: «En esto consiste mi conocimiento del Padre y el conocimiento que el Padre tiene de mí, en que doy mi

vida por mis ovejas; esto es, el amor que me hace morir por mis ovejas demuestra hasta qué punto amo al Padre.»¹⁹. Involucrarnos es compartir la misión de Jesús. “El Señor se involucra e involucra a los suyos, poniéndose de rodillas ante los demás para lavarlos. Pero luego dice a las/os discípulas/os: «Seréis felices si hacéis esto» (Jn 13,17). La comunidad evangelizadora se mete con obras y gestos en la vida cotidiana de los demás, achica distancias, se abaja hasta la humillación si es necesario y

“Poseer un bien sin compartirlo no es alegría”.

asume la vida humana, tocando la carne sufriente de Cristo en el pueblo” (EG 24).

Hay muchas formas de involucrarse en la ayuda a los demás. Hay compromisos espirituales y materiales, hay forma de acoger a las personas en la hospedería y de escribir un mensaje de consolación, de orientación o de solidaridad. Cada uno según pueda y como pueda, pero nada de inhibirse o creer que esto a mí no me afecta. O que no tengo tiempo. Siempre hemos de regirnos por los principios de comunión, participación, corresponsabilidad y subsidiariedad.

3) *Acompañar.*

Nuestro servicio misionero es entre personas y para personas, sobre todo aquellas que se encuentran en mayor dificultad o se hallan heridas física o espiritualmente, que sufren o se hallan excluidas. Son frecuentes el aislamiento y la soledad esterilizante. Es fácil verificar que se dan tres pasos en la degradación de la reciprocidad: 1) Considerar al otro como obstáculo; 2) Considerar al otro como instrumento; 3) Considerar al otro como nadie. Este

último comporta un solipsismo radical. Sólo existe el yo y nadie más. Los otros son “hombres”, “mujeres”, pero no personas. Hay que pensar en el otro como “prójimo”, tal como lo entiende Jesús en el relato del samaritano apaleado. Ese es mi prójimo. Por eso es imprescindible la cercanía, la apertura, la humildad, la acogida, el respeto, el servicio. Nuestra misión es paciente, con la paciencia del que siembra y sostiene el proceso de la maduración, aunque haya cizaña alrededor, como recuerda el Papa.

Son frecuentes el aislamiento y la soledad esterilizante.

Acompañar en el caminar: “A quien te requiera para caminar una milla, acompáñale dos; a quien te pide, dale, y al que

te pide prestado, no lo rehuyas”. (Mt 5, 41-42). Es la disponibilidad de quien ofrece gratuitamente lo que gratuitamente ha recibido, a pesar de las molestias, de los inconvenientes, de los apremios de tiempo y de otros sinsabores.

También acompañar en los nuevos caminos. Abrir caminos para el evangelio y recorrerlos juntos con otras vocaciones eclesiales. Con ministros ordenados y con laicos. Solos a veces no podemos,

pero hay cosas que ni siquiera, aunque pudiéramos, deberíamos hacerlas solos.

Unas preguntas: ¿qué postura tenemos ante los emigrantes?, ¿ante los sin techo?, ¿ante los excluidos en la educación, en la sanidad, en la convivencia? Necesitan compañía.

4) *Fructificar*. Dar frutos de vida cristiana. San Pablo nos dice: “El fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí; contra tales cosas no hay ley” (Gal 5, 22-23) ¡Qué gran aportación de la Vida Religiosa si fructifica según el Espíritu! Y ¡qué hermosa aportación si acoge la Palabra de Dios y la hace fructificar el ciento por uno! (cf. Mt 13). Se nos ha abonado como tierra buena en orden a fructificar. Pero hay una ley en el seguimiento de Jesús: “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, no da fruto” (cf. Jn 12, 20-23). Hay una lógica, un ritmo en el crecimiento, que pide paciencia, comprensión, esperanza.

Para fructificar, primero hay que preparar el terreno, podar el

árbol, remover obstáculos, cuidar todo aquello que impida crecer. Crear, pues, condiciones favorables. Hay que sembrar con el testimonio, la palabra y el servicio. Antes, hay que cuidar la mente y el corazón, pues no podemos olvidar que somos discípulas/os y misioneras/os. Fructificamos cuando nos hacemos luz, cuando ofrecemos esperanza, cuando entregamos nuestro tiempo y nuestra vida. Fructificamos cuando nos identificamos con los pobres y necesitados y damos de comer, damos de beber, acogemos, vestimos, visitamos... (cf. Mt 25, 35ss). Si por sus frutos los conoceréis, (cf Mt 7,15ss), se ha de notar que somos árboles arraigados en Cristo y que dan frutos de verdad, de bondad, de misericordia, de justicia, de comprensión, de paz y de amor:

“Si el grano de trigo
no cae en tierra y
muere, no da fruto”

El carisma recibido tiene que arraigar en otros contextos culturales y sociales, a través de otros estilos de vida y de otros servicios. ¿Qué frutos cosecharan nuestros intentos de reorganización? ¿Se oirán las voces de los que vienen cantando con alegría?

5) *Festear*. “Alegrémonos con Dios, que con su poder gobierna

eternamente” (Sal 65, 6-7). Involucrarse en la nueva evangelización implica también celebrar el don de Dios y comprometerse. Festejar, celebrar, dar gracias, nos nace de dentro a los cristianos y a las/os religiosas/os. Y hay tantos motivos por los que festejar, por los que manifestar la alegría del evangelio... También hoy, como en la Iglesia primitiva, la comunidad se alegra en el Espíritu de cómo llega la Buena Noticia a los pueblos más abandonados, de cómo crece la comunión eclesial, de cómo los laicos adquieren protagonismo, de cómo las mujeres se abren paso en las responsabilidades en la Iglesia. Nos alegramos del testimonio de los mártires y de cuantos sufren con alegría las persecuciones por su fe.

Festejar es compartir la experiencia de la alegría. Por ella crece en los corazones la belleza del ideal que nos empuja y la esperanza para afrontar los desafíos y las dificultades de cada día. “La alegría es parte integrante de la fiesta. La fiesta se puede organizar; la alegría no. Sólo se puede ofrecer como don; y, de hecho, nos ha sido donada en abundancia”.²⁰

*Festejar es
compartir la
experiencia de la
alegría.*

¿Cómo lograr que nuestra mentalidad programadora y productiva no desvirtúe el sentido más genuino de la fiesta? A los pobres les gusta celebrar las fiestas. Los ricos, como lo poseen todo, en vez de celebrar, se divierten. Su obsesión por tener y aparentar no les permite disfrutar. Los pobres, aunque gozan de poco, valoran lo que tienen y lo comparten ¡Quién sabe si lo que no logramos a base de proyectos podemos recibirlo como fruto de esta celebración! A través de la fiesta se llega a la comunión, se rompen las barreras, se olvidan las querellas y se suman los esfuerzos para disfrutar. La gratitud, la ternura, la benevolencia, el perdón, la confianza, que con tanta fuerza aparecen en la fiesta, desbancan cuanto de oscuro, negativo y doloroso aporta el afán cotidiano. En la fiesta se dan cita todas las cosas bellas. Su resplandor nos hace olvidar durante un tiempo el dolor de lo efímero, la cruz del trabajo, el sufrimiento en la lucha. Es la forma de irradiar la alegría y de encender a otras/os en el entusiasmo vocacional.

María, la Madre de Jesús y madre de todas las vocaciones en la Iglesia, entonando el Magnificat, nos da una lección de cómo celebrar lo que Dios ha hecho con ella y con la humanidad entera, sobre todo con los pobres y sencillos. Y nos enseña a comunicarlo proclamándolo.

La liturgia es celebración comunitaria del Misterio. El domingo es día del Señor, día de alegría, como dijo el Concilio: “En este día los fieles deben reunirse a fin de que, escuchando la palabra de Dios y participando en la Eucaristía, recuerden la pasión, la resurrección y la gloria del Señor Jesús y den gracias a Dios, que los hizo renacer a la viva esperanza por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos (cf 1 Pe 1, 3). Por esto, el domingo es la fiesta primordial, que debe presentarse e inculcarse a la piedad de los fieles de modo que sea también *día de alegría* y de liberación del trabajo” (SC 106).

Las comidas de Jesús son otras tantas celebraciones. Nos dejó el sacramento del amor en una

cena. La Eucaristía, “es ante todo el gozoso descubrimiento del dinamismo del amor en el corazón que acoge el don del Señor, se abandona a Él y encuentra la verdadera libertad. La transformación moral que comporta el nuevo culto instituido por Cristo, es una tensión y un deseo cordial de corresponder al amor del Señor con todo el propio ser, a pesar de la conciencia de la propia fragilidad. Todo esto está bien reflejado en el relato evangélico de Zaqueo (cf. Lc 19,1-10). Después de haber hospedado a Jesús en su casa, el publicano se ve completamente transformado: decide dar la mitad de sus bienes a los pobres y devuelve cuatro veces más a quienes había robado”²¹.

El querido y venerable Cardenal Pironio nos dejó este mensaje: “El día del Señor, en la Vida Consagrada, tiene que ser un día privilegiadamente festivo. Un día en que nos sintamos particularmente felices de haber sido llamadas/os y hagamos felices a los que nos encuentran. No con una felicidad superficial e improvisada, sino con la alegría honda y contagiosa de quien ha experimentado que

“El día del Señor, en la Vida Consagrada, tiene que ser un día privilegiadamente festivo”.

Dios es amor y está cercano. Con la alegría verdadera que sólo tiene su fuente inagotable en Dios y que nace para nosotras/os de la profundidad de la oración, de la serenidad de la cruz y de la sinceridad de la caridad fraterna”²².

Conclusión

Las más altas instancias de la Iglesia tienen sus programas para este año. Muchas instituciones, iglesias particulares, Conferencias y Conferencias, Institutos de Vida Religiosa, etc. organizarán sesiones de estudio y oración. Que no se nos olvide que estas actividades han de estar todas ellas empapadas del apasionado deseo de comunicar la alegría que nos ofrece Jesús al encontrarnos con Él, con su palabra, con su Iglesia y con la creación entera. Es una gran oportunidad la que se nos da para vivir y dinamizar la comunión misionera y ofrecer una visión más alegre, porque hay fundamento para ello, de la Vida Consagrada en la Iglesia.

Para concluir, expreso algunos deseos para este año: 1) Que sea

un año en el que la Iglesia celebre el don de la Vida Consagrada, como algo que afecta a todos los creyentes y no creyentes; 2) Que puedan alegrarse los pobres y los excluidos porque las/os religiosas/os han puesto su corazón en ellos; 3) Que las/os consagradas/os sigamos con alegría y fidelidad a Jesús y nos involucremos en la nueva evangelización; 4) Que las consagradas/os nos tomemos en serio la revitalización carismática de nuestros

Institutos, pues la renovación suscitada por el Espíritu sigue abierta para bien de la Iglesia y de la humanidad.

“Alegraos, justos, con el Señor, celebrad su santo nombre” (Sal 96, 12).

Que las/os
consagradas/os
sigamos con alegría
y fidelidad a Jesús
y nos involucremos
en la nueva
evangelización...

Notas:

- ¹ Este es el apartado número 4 de un artículo más extenso “Año de la Vida Consagrada Testigos y profetas de la alegría”. Tomado de la Revista Vida Religiosa de la Edición Monográfica de Noviembre de 2014.
- ² Benedicto XVI, *Mensaje a la jornada de la juventud*, 15, marzo, 2012.
- ³ Los consagrados, siguiendo “los consejos evangélicos, al mismo tiempo que buscan la propia santificación, propo-

- nen, por así decirlo, una ‘terapia espiritual’ para la humanidad, puesto que rechazan la idolatría de las criaturas y hacen visible de algún modo al Dios viviente” (VC 87).
- ⁴ San Francisco de Sales aconsejaba. “Renueva con mucha frecuencia en ti el espíritu de alegría y de dulzura, y cree firmemente que éste es el verdadero espíritu de devoción”. *Lèttres*, n. 315.
- ⁵ Benedicto XVI en la homilía del 2 de febrero del 2008.
- ⁶ “Foméntense con mayor intensidad el estudio y la meditación de los Evangelios y de toda la Sagrada Escritura entre todos los miembros de los Institutos religiosos y desde el noviciado” (EE II, 16, 1); cf VC 94; CdC 24; etc. “Obediencia a la Palabra de Dios” (SAO 7).
- ⁷ El religioso por la profesión de los consejos evangélicos, se libera de los impedimentos que podrían apartarle del fervor de la caridad y de la perfección del culto divino y se consagra más íntimamente al servicio de Dios. La consagración será tanto más perfecta cuanto, por vínculos más firmes y más estables, represente mejor a Cristo, unido con vínculo indisoluble a su Iglesia” (LG 44).
- ⁸ Hago referencia a las obras de Zygmunt Bauman, 2006 y 2005, respectivamente.
- ⁹ *Deus Caritas est*, n. 6.
- ¹⁰ A. López Quintás, *Inteligencia creativa. El descubrimiento personal de los valores*. BAC, Madrid, 1999, pp. 168-169.
- ¹¹ Francisco, *Discurso en el encuentro con el clero, personas de vida consagrada y miembros de consejos pastorales*. Asís, 4 de octubre, 2013.
- ¹² Cito expresamente *La dimensión contemplativa de la Vida Religiosa* (1980) y *Caminar desde Cristo* (2002). Leyendo estos textos nos devuelven el propio rostro. Son como un espejo para mirarse.
- ¹³ Asume todas las dimensiones (trinitaria, cristológica, sacramental, etc) y se extiende a todas las esferas de la vida y misión de los consagrados. Las formas de vida y la contextualización marcan las pautas de la espiritualidad para este siglo XXI. Las exhortaciones post-sinodales sobre los laicos (ChL16), sobre los sacerdotes (PDV 19-33), sobre los religiosos (VC 93) y sobre los obispos (PG 11-25) dedican estos números a la espiritualidad específica: “La espiritualidad es el hilo de oro de la historia de la Iglesia y es un movimiento irreversible de evolución hacia la plenitud del evangelio, en valores, unidad, globalidad de aspectos, inserción de culturas, de las religiones, del cosmos...”, USG, *La espiritualidad, experiencia unificante de la vida consagrada*, Roma, 1997, p. 148. T. Radcliffe, *Ser cristianos en el siglo XXI. Una espiritualidad para nuestro tiempo*, Sal Terrae, Santander, 2011. AA.VV. *Orar como conviene*, VidRel, 112 (2012), 1-80.
- ¹⁴ Pannenberg afirma que María es el prototipo del hombre frente a la gracia libre de Dios”. *Fundamentos de Cristología*, Sígueme, Salamanca, 1974, p.180.
- ¹⁵ *Dimensión contemplativa de la vida religiosa*, n. 30.
- ¹⁶ El decreto conciliar más maduro, por ser de los últimos, fue el “Ad Gentes”. Durante estos cincuenta años el tema de la misión ha adquirido gran relieve. La Iglesia ha nacido para

evangelizar. El concepto de misión se ha enriquecido en la celebración de los Sínodos continentales y en este último sobre la Nueva Evangelización. La misión no es sólo acción, sino también pasión, es contemplación y es liberación.

- ¹⁷ Francisco, Papa, *Evangelii Gaudium*, 25. Más adelante añade: “La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral sólo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales

en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad” (n.27).

- ¹⁸ S. Agustín, *De Trin.* l.9 c.4.
¹⁹ San Gregorio Magno, papa, sobre los Evangelios. *Homilía* 14, 3-6: PL 76, 1129-1130.
²⁰ Benedicto XVI, *Discurso*, 22, diciembre, 2008.
²¹ Benedicto XVI, *Sacramentum Caritatis*, n. 82.
²² Eduardo, F., Card. Pironio, *Alegres en la esperanza*, Paulinas, Madrid, 1978, pp. 40-41.